

Crecer en el espacio tomado. Dos estudios etnográficos sobre el impacto de la concentración de tierra en la infancia*

Paülah Nurit Shabel**

Pía Leavy***

Resumen

La concentración de tierras en pocas manos genera que gran parte de la población viva en espacios tomados, tanto en el campo como en la ciudad. A partir de dos investigaciones etnográficas desarrolladas en Argentina, una en Ciudad de Buenos Aires y otra en el departamento de Orán (provincia de Salta), el objetivo del presente trabajo es analizar los modos en los que la ocupación ilegal de la vivienda configura diversos aspectos de las vidas de lxs niñxs. Los resultados se presentan en tres ejes de análisis: la configuración intergeneracional de lo común/lo privado/lo público/lo íntimo en un contexto de escasez de espacio; la experiencia del temor como dimensión de la precariedad habitacional para la infancia y, por último, la participación de lxs niñxs en la organización política y familiar para garantizar su supervivencia.

Palabras clave: niñez, etnografía, casa tomada, tierra ocupada, espacio.

Resumo

A concentração da terra nas mãos de poucos gera que uma grande parte da população viva em espaços ocupados, tanto no campo como na cidade. Com base em duas investigações etnográficas realizadas na Argentina, uma na cidade de Buenos Aires e outra no departamento de Orán (província de Salta), o objetivo deste trabalho é analisar as formas como o agachamento molda vários aspectos da vida das crianças. Os resultados são apresentados em três eixos de análise: a configuração intergeracional do comum/privado/público/intimo num contexto de escassez de espaço; a experiência do medo como uma dimensão de precariedade habitacional para as crianças; e finalmente, a participação das crianças na organização política e familiar para garantir sua sobrevivência.

* Recibido: 11-02-22. Aceptado:01-09-22.

** Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas- Universidad Nacional de Bs As. Facultad de Filosofía y Letras. Argentina. Correo electrónico: paulashabel@gmail.com

*** Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas- Universidad Nacional de Bs As. Facultad de Filosofía y Letras. Argentina. Correo electrónico: pialeavy@gmail.com

Palavras-chave: infância, etnografia, casa tomada, terra ocupada, espaço.

Abstract

The concentration of land in the hands of a few means that a large part of the population lives in squatted spaces, both in the countryside and in the city. Based on two ethnographic investigations carried out in Argentina, one in the city of Buenos Aires and the other in the department of Orán (province of Salta), the aim of this paper is to analyse the ways in which squatting shapes various aspects of children's lives. The results are presented in three axes of analysis: the intergenerational configuration of the common/private/public/intimate in a context of space scarcity; the experience of fear as a dimension of housing precariousness for children; and finally, children's participation in political and family organisation to guarantee their survival.

Key words: childhood, ethnography, squattered house, land occupation, space.

Introducción

La ocupación de tierras e inmuebles constituye una histórica estrategia de lucha y supervivencia del campo popular que requiere de la movilización y resistencia de grupos familiares completos. La implementación del proyecto neoliberal en la Argentina, a partir de las dictaduras cívico-militares y el posterior régimen de convertibilidad, pauperizó las condiciones de vida de dichos grupos y transformó la ocupación en una realidad ineludible para miles de personas en el ámbito urbano y rural.

En ese marco, el objetivo del presente trabajo es analizar los modos en los que la toma de la vivienda configura diversos aspectos de las vidas de lxs niñxs, tanto en el campo como en la ciudad. Lejos de las simplificaciones re-victimizantes que suelen encontrarse en esta temática, nos proponemos realizar un estudio que dé cuenta de las formas particulares en las que lxs niñxs y sus familias se vinculan con la espacialidad y forjan allí prácticas y nociones acerca de cómo vivir esa primera etapa de la vida. Así pues, nos proponemos realizar un estudio que permita conocer experiencias infantiles por fuera de las coordenadas hegemónicas que comprenden la niñez circunscripta al ámbito privado/doméstico y escolar.

En pos de lograr este objetivo pondremos en diálogo dos investigaciones etnográficas en torno a las infancias llevadas adelante por las autoras. La primera fue realizada en una casa tomada

por un movimiento social¹ en el centro de la Ciudad Autónoma de Buenos Aires (CABA), Argentina, entre los años 2014 y 2018 como parte del proceso doctoral de Shabel (2018). En esa casa viven más de 30 familias con más de 50 niños de entre 2 y 17 años. La segunda se llevó adelante entre 2010 y 2015 en un asentamiento rural del departamento de Orán (en la provincia de Salta, Argentina), “El 26”, ubicado en tierras “fiscales²”, a los márgenes de una ruta provincial y a pocos kilómetros de la ciudad de Bermejo (Bolivia). Este trabajo corresponde a la investigación doctoral de Leavy (2017). El asentamiento donde trabajó estaba formado por 42 familias extensas³ de bolivianas y argentinas, criollas y ava-guaraníes.

En las próximas páginas, comenzaremos haciendo un breve recorrido por las herramientas teórico-metodológicas con las que analizamos cada caso de estudio. Luego presentaremos los resultados en tres ejes de análisis. En el primero, indagamos en las consecuencias que trae sobre la vida de lxs niños la escasez de espacio y las estrategias que ellxs generan en el contexto de precariedad. En el segundo, exploramos la experiencia del temor como dimensión de la precariedad habitacional. Por último, nos concentramos en los conocimientos que lxs niños construyen sobre la realidad en que viven y cómo participan de la organización política y familiar para su supervivencia.

Una etnografía contra las dicotomías conceptuales.

El presente trabajo es una apuesta por la revisión de algunas categorías binarias con las que se han abordado los estudios de infancia en particular y las ciencias sociales en general. La matriz dicotómica del pensamiento moderno ha caracterizado y jerarquizado los conceptos y, así, la vida social, simplificando algunas miradas sobre su producción y reproducción.

Como posición teórica y política nos permitimos en las siguientes páginas dudar de dichas categorizaciones y adentrarnos en la espesura de los pares público/privado y adultez/niñez para describirlos en una profundidad que logre captar sus complejidades materializadas en un espacio

¹ Este movimiento, así como muchos otros, nació al calor de la crisis económica y la lucha social de la Argentina en el año 2001. Con un alcance nacional y una preocupación central por la vivienda y el trabajo digno, en el territorio porteño se dedicó a tomar inmuebles desocupados y acondicionarlos para que puedan ir a vivir allí familias en situación de calle. También se ocupó de conseguir subsidios para la construcción de hogares y de disputar con el gobierno local diversos acuerdos para evitar desalojos.

² En Argentina, se denomina tierras fiscales, a las parcelas de tierra que forman parte del territorio de un estado, cuya propiedad las ejerce el gobierno provincial o municipal, mediante leyes, decretos y reglamentaciones.

³ Entendemos por familia un grupo de personas que poseen un “sustrato biológico ligado a la sexualidad y a la procreación que se incluye en una red más amplia de relaciones de parentesco, que a veces implican obligaciones y derechos guiadas por reglas y pautas sociales establecidas” (Jelín, 1984, p.15). Mientras las familias nucleares tienen un núcleo conyugal primario –con o sin hijos- exclusivamente, en las familias extensas se agrega uno o más parientes que no son descendientes directos de ese núcleo conyugal.

determinado, donde las fronteras entre un lado y otro se comunican hasta entrar en una dialéctica fundada en la vida cotidiana de las personas y los grupos con los que trabajamos. En este sentido, la propuesta es recorrer los puentes que conectan las escalas macroeconómicas del capital con esas vidas cotidianas de las personas desde el estudio de las prácticas en contexto, para lo cual la etnografía resulta un abordaje pertinente.

En esta línea, avanzamos hacia una descripción de las tendencias de acumulación en nuestro país, donde el capital agrario concentrado implica un incremento en el precio del suelo y presiones sobre las poblaciones más pobres de los territorios urbanos y rurales. Esto lo podemos observar en ambos casos de estudio. Por un lado, el departamento de Orán (Salta) constituye una de las áreas donde, a nivel provincial, se dio mayor impulso a los emprendimientos agroindustriales e hidrocarbúricos en la última década (Suarez, 2016; Schmidt, 2014). Esto reactivó el mercado de tierras y generó un avance sobre el territorio indígena, que muchas veces se materializó en violentos desalojos (Leavy, 2018), así como en el arrinconamiento en los márgenes de las tierras productivas de toda la población rural (Leavy, 2017; Castelnuovo Biraben, 2019) y se intensificaron las tensiones históricas entre poblaciones rurales criollas e indígenas (Leavy, 2018; Lorenzetti, 2015).

Por su parte, en la Ciudad Autónoma de Buenos Aires el negocio inmobiliario creció con el aval del Estado local en las últimas décadas, produciendo una crisis habitacional con expulsión y exclusión urbana, que ha llevado a miles de familias a vivir en condiciones de pauperización y hacinamiento por un lado, y por el otro al aumento de la vivienda ociosa, la escalada de precios de los inmuebles, la desregulación de los precios de alquileres y, por supuesto, la concentración de suelo en pocas manos (Carman, 2005; Marcús, 2014; Raspall et al., 2017). Estos son los fenómenos que enmarcan nuestras investigaciones y que procuramos analizar en el momento preciso en el que se materializa en la vida de lxs niñxs con quienes realizamos trabajo de campo, guiadas por la pregunta: “¿cómo se desarrollan los niños a través y dentro de estos cambios [espaciales] y cómo ellos también son agentes de cambio?” (Aitken, Lund y Kjørholt, 2007: 4, traducción propia). Considerando las particularidades de cada territorio, el proceso económico transnacional se manifiesta en ambos espacios en “un doble juego en el que ellos son un elemento constitutivo de las formas que adquiere de la niñez en cada lugar, a la vez que niños y niñas interpelan estas conformaciones espaciales desde sus conocimientos y acciones cotidianas” (Shabel, 2018: 111).

La etnografía ha sido la estrategia metodológica elegida en ambas investigaciones con la observación participante como eje y las entrevistas individuales y grupales que acompañaron en todo momento, permitiéndonos acceder a aquello que se dice, pero también aquello que no se dice y se hace (Guber, 2008). La observación participante sostenida en el tiempo, permitió el involucramiento

de las antropólogas en las comunidades estudiadas y el uso de diferentes técnicas cualitativas y cuantitativas de investigación. Shabel (2018) realizó dos rondas de entrevistas clínicas con 18 niños y entrevistó a 8 mujeres en formato abierto. Además, puso en práctica estrategias de investigación colaborativa como talleres donde se produjeron dibujos y se analizaron fotografías. Por su parte, Leavy (2017) realizó encuestas, entrevistas y grupos de discusión con 32 mujeres cuidadoras y 14 niños, además de participar en actividades en el ámbito familiar, comunitario e institucional en diversas localidades del departamento de Orán, durante 5 años (Leavy, 2017). A partir de dichas actividades que forman parte del quéhacer antropológico, ambas investigadoras pueden dar cuenta de las prácticas cotidianas que tuvieron lugar en cada contexto particular y de cómo las personas resignifican continuamente el mundo que producen y por el cual son producidas.

De este modo, la perspectiva etnográfica, con su mirada atenta a la enorme variabilidad humana, subraya la diferencia entre los universos simbólicos de quien investiga y quienes son investigados, obligándonos a hacer el esfuerzo por comprender dicha diferencia en los términos de uno y otro lado (Rockwell, 2009). Por último, esta metodología estudia casos concretos y particulares, pero jamás olvida que ellos están insertos en sistemas sociales más amplios de los que se puede desentramar algún fragmento si se estudia con atención y paciencia. Sin caer en reificaciones sociológicas que nos alejen de los sujetos estudiados y parafraseando a Fonseca (1998), es posible llevar el análisis de lo particular a lo general, aportando conocimiento válido y útil en la comprensión del mundo. En este mismo sentido, es posible realizar un diálogo entre dos campos y procesos de investigación diferentes, a partir de un ejercicio reflexivo colectivo que busca analizar las semejanzas sin perder de las singularidades de cada realidad.

En busca del espacio privado. Cuando la vida en común es una obligación.

Diversos estudios sobre desarrollo y crecimiento infantil han señalado la importancia de considerar los ambientes y contextos tanto materiales como simbólicos para comprender las trayectorias y experiencias de los niños (Jenks, 1996; Remorini, 2013; Schepherd-Hughes y Sargent, 1998; Weisner, 1996). En este sentido, la disciplina antropológica ha sido pionera en documentar la diversidad y la necesidad de observar el cuidado infantil en relación a la diversidad de ambientes y relaciones sociales (Mead, 1993; Weisner y Gallimore, 1977; Whiting y Whiting, 1975). No obstante, desde el sentido común, que muchas veces orienta los programas estatales, el ámbito privado y/o doméstico junto con el escolar (Szulc, 2006; Remorini, 2013), suelen ser los únicos contemplados para pensar el desarrollo de los primeros años de vida humana. Esto genera una descontextualización de las experiencias de infancia y fortalece la dicotomía público/privado, que invisibiliza a todas las

actividades productivas y políticas que acontecen al interior de los hogares. Además de considerar los planteos de la teoría y la práctica feminista respecto a lo privado (e.g. Faur, 2014; Federici, 2004; Jelin, 1984; Zelizer, 2009), nos interesa abordar estos universos desde la perspectiva etnográfica, ya que la misma permite describir y comprender los ambientes que influyen en la vida cotidiana de los sujetos (Weisner 1996; Remorini, 2013) prestándole especial atención al planteo fenomenológico sobre el espacio del antropólogo Tim Ingold (1993, 2002, 2015).

Para iniciar el análisis, es importante decir que vivir en tierras tomadas o en una casa tomada implica convivencias intensas, tanto en el campo como en la ciudad. La vida es eminentemente comunitaria y los lazos entre los habitantes no siempre son de solidaridad y cooperación. El acceso a servicios básicos como agua y luz, requiere de organización y estrategias tanto familiares como comunitarias, que veremos a continuación, no están exentas de conflictos.

“El 26”, es uno de los tantos asentamientos de viviendas precarias que vemos cuando se recorren los caminos provinciales de Salta. Entre la ruta y el mar de cultivos, podían observarse pequeñas islas de viviendas, en su mayoría construidas con los materiales que desechaban quienes habitan los centros urbanos. Por el paraje pasaba un arroyo que desemboca en el río Bermejo y habían un puñado de árboles que sobrevivieron a los desmontes. Debajo de ellos se construyeron las viviendas del asentamiento, donde habitaban familias ava-guaraníes y criollas, de origen boliviano y argentino. Entre las casas se encontraba también un Centro de Atención Primaria de la Salud (CAPS) y un templo evangelista de la “Asamblea del pueblo de Dios”.

En esta zona rural, la mayor parte del territorio está en manos empresas agrícolas⁴, denominadas fincas, que poseen la infraestructura para el abastecimiento de agua de toda la población rural. Esto implica que lxs habitantes de la zona y quienes trabajan allí, tanto en las fincas como en organismos estatales, como gendarmería o el Programa de Atención Primaria de la Salud de la provincia de Salta (PROAPS) dependían de dichas instalaciones para su propio abastecimiento de agua. En este escenario, los finqueros, habían sido quienes *dieron el permiso* a agentes estatales para construir un centro de salud (Leavy, 2016), mientras lxs trabajadores rurales, criollxs e indígenas que trabajaban en la producción de las fincas vivían dentro y fuera de sus terrenos, en asentamientos como “El 26”.

Casi todxs lxs habitantes del paraje habían construido sus baños con pozos ciegos caseros y se abastecían de agua de las bombas de las fincas de la zona. Además, para almacenar agua, utilizaban

⁴ Según el Relevamiento de Comunidades Indígenas allí se encontraban cuatro comunidades que sumaban 7.383 hectáreas. Por su parte, el Ingenio San Martín de Tabacal poseía 50.000 hectáreas – aunque varias de ellas sin posesión de títulos de tierra- y las empresas agropecuarias, 11.982 hectáreas (ver Leavy, 2017).

los tanques de PVC que descartaban allí las empresas agroindustriales. De este modo, los desechos de la producción agrícola, pasaban a ser insumos para la construcción de las viviendas del asentamiento, que estaban construidas con paredes de madera y techos de chapa. Las casas edificadas con peores materiales correspondían a las familias ava-guaraníes: sus paredes eran de bolsas de polietileno o cañas de bambú y los techos de chapa.

La precariedad de los materiales de construcción, junto con las altas temperaturas del clima subtropical, hacían que las viviendas sólo fuesen utilizadas de noche. Desde el mediodía hasta bien entrada la tarde, el sol rajaba el asfalto y llegaba los 40 grados durante ocho meses al año (entre septiembre y abril). En ese momento, a la hora de la siesta, algunos privilegiados podían dormir, mientras las mujeres cocinaban o lavaban ropa debajo de las galerías y/o aleros de las viviendas. Lxs niñxs, por su parte, se encontraban corriendo en los espacios entre las viviendas, muchas veces entrando y saliendo del interior de las casas. Como Raquel (6) y Analía (5), que jugaban una tarde:

Me contaban que no habían podido dormir porque su vecina Rosalía, que ‘no sabe cuidar bien de su bebé que llora y llora sin parar’. Raquel y Analía terminaron de mover unos tanques y fueron corriendo hasta la casa de su amiga Guadalupe (6) que vivía en la comunidad ava-guaraní del paraje. Las tres juntas entraron corriendo al centro de salud, salieron, bajaron hasta el arroyo para después subir un barranco y jugar a las escondidas en los cultivos de la finca pegada al asentamiento (Registro de campo paraje 26, Orán, marzo 2015)

Podríamos decir que las viviendas de este paraje eran dormitorios con aleros. La vida cotidiana transcurría a la vista de todxs debajo de estos aleros, donde las mujeres ubicaban el espacio de la cocina, que construían con gomas de tractores partidas a la mitad para contener agua y hacían un fuego en el piso de tierra o se utilizaban garrafas para cocinar. La precariedad de los materiales de vivienda, generaban que lo privado y lo público tuviesen límites permeables, pues todo lo que ocurría “adentro” de las casas, se escuchaba “afuera”, por eso mismo la llegada de un bebé constituía un evento de público conocimiento para las niñas del paraje. En este sentido, recuperamos a Ingold (2002), que desde un abordaje fenomenológico se centra en la materialidad espacial para entender por qué los cuerpos allí se mueven de una determinada forma y no otra, produciendo en su habitar sentidos sobre el mundo y afectando las relaciones humanas.

Así, las condiciones habitacionales posibilitaban la autonomía de lxs niñxs del ámbito rural, que a su vez se traducían en una mayor capacidad de decisión, estallando ciertas nociones modernas de lo privado y lo público en las distintas edades de la vida. A su vez, los movimientos de lxs niñxs hacían del espacio un lugar específico, una malla de red (Lefebvre, 1991) repleta de huellas, en este caso humanas, donde la convivencia intergeneracional relajaba su intensidad en la extensa circulación

de los cuerpos. Asimismo, lxs niñxs podían entablar vínculos a través de fronteras interétnicas, que permanecían rígidas entre criollxs y ava-guaraníes adultxs, como veremos más adelante. Lxs niñxs, compartían los espacios comunes entre las viviendas, jugaban debajo de los árboles y circulan sin compañía de adultxs, caminando y/o corriendo por cultivos, terrenos de fincas y las viviendas de sus vecinxs. Esta autonomía infantil no debe ser observada como una “falta de cuidado” sino como la presencia de un fuerte andamiaje grupal y familiar que les da tanto libertad como seguridad de movimientos (Colángelo, 2009), aunque en muchos casos, no lograba resolver las demandas de cuidado de los bebés más pequeños.

Por último, podemos decir que lxs niñxs desafiaban las relaciones interétnicas cuando circulaban por espacios que no estaban concebidos para jugar o por los cuales no circulaban adultxs criollxs, como las viviendas de la comunidad ava-guaraní, a las que las niñas entraban y salían constantemente. En este sentido recuperamos a Tassinari (2007) que sostiene que la autonomía infantil forma parte de una “pedagogía nativa” que habilita a lxs niñxs a circular por diversos espacios para “verlo todo” (2007: 22) y reconocer su agencia en el aprendizaje. Por su parte, García Palacios (2012), sostiene que al poder “verlo todo”, lxs niñxs pueden participar de diversos espacios de los lugares donde viven, “circulando” por diversas experiencias formativas. Para este estudio nos interesa resaltar el modo en que estos movimientos configuran los sentidos espaciales en las tierras ocupadas, construyendo a la vez la propia identidad niña de “circulante” y el vínculo con la adultez desde la diferencia pero en relación porque la información que comparte tiene mucho valor.

A diferencia de lo que pasaba en Orán, en el ámbito urbano, lxs niñxs contaban con mucho menos espacio de circulación y movimiento, pues tenían prohibido habitar los espacios comunes de la casa. La casa tomada presentaba una serie de características similares a las rurales, vinculadas a la precariedad de las condiciones materiales. La misma es un edificio de tres pisos, que ocupa casi media cuadra. El inmueble, que fue una escuela hasta la década del 90, permaneció desocupado hasta el 2004, año en que fue tomado por el Movimiento y cada aula se convirtió en una diminuta habitación de familia, donde vivían no menos de cuatro personas. En cada uno de estos cuartos el movimiento construyó un aún más diminuto baño y en cada piso habilitó una cocina a gas, con varias hornallas para compartir entre las diez familias que ocupan cada nivel.

Si entendemos el ambiente como un “registro precedero de las vidas y de los trabajos de las generaciones pasadas que han vivido dentro de él” (Ingold, 2002: 53), entonces es el “acto de habitar” el que construye el paisaje *-landscape-* y en el mismo se incluyen las actividades económicas y las habilidades humanas para procurar una morada *-taskscape* (Ingold, 1993). En este sentido, la vida en la casa da cuenta de cómo las actividades humanas construyeron una diversidad de ambientes

domésticos en espacios que originalmente estaban destinados a ser parte de una escuela. Así, podemos observar aulas transformadas en cocinas, pasillos utilizados como lavaderos y patios como estacionamientos. Como dice el propio Ingold (2002), los lugares se crean en el movimiento de los seres en el espacio, y por ello la planta baja de la casa se convirtió en el no-patio, un salón enorme y deshabitado la mayor parte del tiempo, aunque utilizado para reuniones y para repartir la merienda diaria que el Movimiento le otorgaba a lxs niñxs de la casa.

Por un acuerdo general entre lxs adultxs⁵, se suponía que lxs más pequeñxs no debían estar en los pasillos ni los patios, más que para transitar de un lugar a otro “porque los chicos rompen todo, están todo el día haciendo bulla y botando la basura por todas partes”, tal como explicaba Yolanda (44). Ella vivía en esa casa desde 2004 y allí se instaló con su marido y sus tres hijxs, a quienes ahora se habían sumado sus dos pequeñxs sobrinxs. Ella limpiaba los pasillos de su piso a cambio de un dinero que le pagaban las otras familias del piso y se quejaba muchísimo del desorden que hacían lxs chicxs, a lo que ella denomina “travesuras” y sus constantes peleas:

Teo (8), Pedro (8), Mauricio (11), Ema (9), Betania (8), Alfonso (14) y Yuri (10) juegan en el pasillo del segundo piso a pasarse la pelota de una pared a otra. En eso sube Jéssica (42) y les dice que no pueden jugar a la pelota: “van a romper algo y lo va a pagar su papá”. Los/as chicos/as paran unos segundos, pero siguen con lo suyo en el instante en el que Jéssica se pierde de vista dentro de su habitación. Luego pasa el papá de Florencia y les pide que tengan cuidado con la pelota, a lo que los/as chicos/as responden un desinteresado “sí, sí”. A los quince minutos uno de los chicos le pega muy fuerte a la pelota, que rebota en la pared con un ruido igual de fuerte y luego le pega en la cara a otro de los chicos, que sale corriendo a perseguir al primer niño para golpearlo, mientras lo insulta ferozmente. Yo salto de mi lugar para separarlos y escucho que sale de su habitación la mamá de Julieta (de unos 40 años), y les grita que le den la pelota, que se acabó, que ya saben que no pueden jugar en los pasillos y que se vayan a su piso a hacer bulla. Se acerca a la pelota, la agarra, se la lleva y cierra su puerta detrás de sí. (Registro de campo en la casa tomada, CABA, febrero 2016).

Esta escena se repetía en la casa tomada cotidianamente. Por un lado, lxs chicxs querían jugar en alguna parte, en lo posible fuera de sus pequeñas habitaciones, en general llenas de cosas y con un fuerte calor en verano y frío en invierno. No entraban allí sus juegos ni sus cuerpos en movimiento. Además, querían estar juntxs, jugar de a varixs. Se encontraban en los pasillos de la casa tomada, que resultaban los lugares de paso para todxs lxs residentxs. O iban al tendedero, donde las mujeres colgaban y descolgaban la ropa de toda la familia. En este sentido, recuperamos la categoría de

⁵ La casa tomada se organizaba a partir reuniones plenarias periódicas donde asistían representantes adultos de todas las familias del inmueble. Allí se discutían desde las definiciones políticas de la organización hasta las cuestiones de orden cotidiano de la casa, y una de las definiciones allí tomadas había sido que lxs niñxs no jueguen en los pasillos ni en los patios

ocupación, utilizada por Ingold (2015) para referirse a la configuración de un espacio afectado por la presencia de quienes no se supone que deberían estar allí o a quienes no se esperaba y en la sorpresa constituyen una nueva forma de habitar el espacio que igual será pasajera porque lxs ocupantes eventualmente continuarán en movimiento hacia otra parte.

Es interesante pensar cómo lxs niñxs eran ocupantes en la ocupación y lo que generaban en esa posición era un antagonismo porque de todas partes lxs echaban, les pedían que se vayan, que no griten, que hablen más bajo y, por sobre todas las cosas, que no corran. Porque, lo cierto es que rompían todo cuando corrían. Dejaban todas las paredes manchadas, tiraban vidrios y derribaban puertas. O hacían demasiado ruido y despertaban a los/as bebés de la casa, a los/as abuelos/as, dejaban sin luces a los pasillos y golpeaban a las personas cuando entraban o salían.

En este complejo entramado cotidiano de quehaceres domésticos, pelotas, avioncitos, marchas y unas muy precarias condiciones materiales de vida es que, muchas veces, lxs adultxs le exigían a lxs niñxs que se queden dentro de las habitaciones, o que permanezcan fuera de ella en silencio y sin demasiado movimiento. Esto provocaba un enojo permanente en lxs chicxs, que calificaban de injustos los retos y las prohibiciones del mundo adulto: “nunca nos dejan hacer nada en esta casa, no podés estar en el pasillo, no podés jugar con tus amigos. Nosotros sólo queremos que nos dejen jugar donde queremos” (Andrés, 8); “ay es que me da tanta bronca que ellos [los grandes] puedan ir y venir donde quieren y si nosotros queremos ir acá o allá nos dicen que no” (Natalia, 13); “Queremos bajar [al patio] con unas amigas y no nos dejan porque la llave la tienen solo los que tienen auto y los del consorcio, sólo la tienen los grandes y eso no es justo” (Florencia, 9)⁶.

La falta de circulación en este caso, o la prohibición de hacerlo, vuelve sobre la pregunta por las fronteras espaciales, que se elaboran también desde los vínculos intergeneracionales (Shabel, 2020). En un campo de disputa por el espacio común y sus usos, el reclamo de las personas adultas era por una mayor reclusión de lxs niñxs en el espacio privado, pero lo que en general sucedía era que ellxs terminaban por salir más a la calle, extendiendo la sala de juegos al espacio público. Allí abrían también la contienda por los sentidos espaciales en torno a la ciudad, algo que ha analizado Gülgönen y Corona para el caso de México (2019).

Haciendo un análisis de ambos campos podemos afirmar que la falta de intimidad es una marca de los espacios tomados, lo cual de por sí vulnera uno de los derechos establecidos en la

⁶ Entrevistas realizadas a Andrés, Natalia y Florencia, agosto 2015

Convención Internacional por los Derechos de los Niños⁷, imposible de garantizar en dichas condiciones. En tanto los espacios privados brillan por su ausencia, los espacios comunes cobran un protagonismo fundamental y constituyen el escenario de los conflictos no sólo con el Estado, sino también de conflictos entre adultxs de las ocupaciones. Tanto en Salta como en CABA, estxs niñxs habitaban viviendas que no poseían las condiciones de aislamiento y abrigo necesarias para las temperaturas locales, mucho menos el espacio suficiente para desplegar las actividades básicas de la vida cotidiana de lxs niñxs que atravesaban gran parte de su tiempo con un temor muy vívido por el posible desalojo de sus hogares debido a la ilegalidad de la ocupación.

El miedo como experiencia de infancia y marcador del espacio.

Indagamos ahora en una dimensión de la ocupación que surgió con fuerza en las vivencias infantiles de ambas investigaciones, vinculada a la emocionalidad como dimensión fundamental para la comprensión de la vida con otrxs (Le Breton, 2013; Sirimarco y Spivak L'Hoste, 2018). Son muchas las autoras que desde los feminismos del giro afectivo vienen analizando esta afectación en su relación con las configuraciones espaciales (Macón, 2020; Perez Sanz y Gregorio Gil, 2020) y, específicamente con aquello que significa ser niñx en la particularidad de los espacios ocupados ilegalmente (Shabel, 2019 y 2020) y las tensiones que ellas generan en torno al significado del cuidado (Leavy y Shabel, 2022). La ilegalidad de la ocupación ubica a las familias en una situación de vulnerabilidad permanente y una exposición al desalojo, que se manifiestan en la sensación del miedo para muchxs niñxs, al que entendemos como los “efectos de perturbación angustiosa ante la proximidad de un daño real o imaginario” (Reguillo, 2008, p. 70).

Tal como se ha desarrollado en el marco de la antropología de las emociones, estas articulan experiencias cotidianas colectivas porque son entendidas en relación con otros y no como estados internos de sujetos individuales (Lutz y White, 1986; Leavitt, 1996; Reddy, 1997). En este sentido, consideramos que su análisis nos abre las puertas a una mejor comprensión de aquello que significa crecer en un espacio tomado, en tanto lxs niñxs configuran prácticas y sentidos del mundo compartidos alrededor de ciertas manifestaciones de miedo encarnado en diversos agentes, que materializan la desigualdad en las vidas de estas familias.

En el caso de Ciudad de Buenos Aires, la posible situación de un desalojo constituía un tema ampliamente conversado entre lxs adultxs que convivían en la casa tomada, tanto en las reuniones de

⁷ El derecho a la intimidad está contemplado en el artículo 10 de la Ley 26.061 (Ministerio de Justicia y Derechos Humanos, 2005), así como en el Artículo 16 de la Convención Internacional por los Derechos del Niño (Naciones Unidas, 1989).

la organización como en las conversaciones intrafamiliares. Si bien estos temas nunca se dialogaban directamente con lxs niñxs, ellxs eran testigos silenciosos (y no tanto) de los diálogos que lxs adultxs tenían al respecto entre ellxs, e incluso con quien se encontraba haciendo trabajo etnográfico, y por ello el tema se manifestaba también en sus interacciones:

Mauricio (11): -Y en la casa si no pagamos nos tenemos que ir.

Entrevistadora: -¿A quién le tienen que pagar?

Mauricio: -Al gobierno. La casa le da la plata y si está todo bien nos quedamos y si no está bien nos echan, porque no nos podemos quedar si no pagamos todo todo, hasta el último centavo. Si no pagamos viene la policía y nos saca.⁸

Ya Reguillo (2008) daba cuenta del lugar que tiene el miedo en la composición de las ciudades contemporáneas a partir de la configuración de ciertos lugares y grupos sociales como peligrosos. Para el estudio de la ciudad que aquí presentamos, son lxs niñxs quienes portarían el estigma de sujetos peligrosos, en tanto vivían en un espacio ocupado infligiendo la ley, lo cual, a su vez, generaba una experiencia de peligro para ellxs mismxs, quedando expuestos a un posible desalojo y al maltrato policial:

Camino por la casa tomada junto a Rosa (8) y Giselle (8). Las chicas me invitan a jugar con ellas a las muñecas, así que subimos de la planta baja al primer piso y ahí hay unos carteles pegados en la pared, entonces les pido que me expliquen qué son esos carteles.

Rosa: -Ahí dice lo que tiene que pagar cada uno del agua, la luz.

Giselle: -Esa plata es la que deben todavía algunos, se la tienen que ir a pagar a la señora Carmen y para que no se olviden lo ponen ahí.

Etnógrafa: -¿Y saben por qué tienen que pagar?

Rosa: -Porque si no viene la policía y nos saca a todos de la casa y nos quedamos sin casa. (Registro de campo, CABA, febrero 2016)

Así, vivir en una casa tomada es temerle a aquellxs que dan la orden o ponen en práctica el desalojo, como puede ser la policía, el gobierno, el presidente y la asistente social (enviada por el gobierno), que concurría al inmueble a “ver que esté todo bien”, como ella misma declaró una tarde en la casa (Shabel, 2020). Cada vez que ella se presentaba en el lugar, siempre con previo aviso, el espacio sufría una transformación drástica, digitada por la vigilancia que el Estado envía a la casa manifestando su capacidad de decidir sobre la vida de las personas que allí habitan. Este proceso no le resultaba ajeno a lxs niñxs, sino que eran ellxs mismos colaboradorxs de la escena montada ante la vigilancia:

Toco la puerta y Mirta me saluda y me hace pasar a su habitación. Está acelerada yendo de un lado a otro. Me cuenta que la llamaron de la escuela por un tema de su hijo Jeremías (8), que no está leyendo bien y ya pasó la mitad de año y están preocupadas las maestras.

⁸ Entrevista realizada a Mauricio, agosto 2016

Mientras conversamos, ella barre la habitación, tira todo lo juntado en la palita en una pequeña bolsa, que luego cierra y deja al lado de la puerta. Me pide que revise si el baño quedó bien limpio y le digo que está impecable. Acomoda las sillas de la mesa y se pone a guardar la ropa que acaba de descolgar del tendedero, mientras continuamos la conversación. Mientras tanto, sus dos hijas están en la cocina lavando los platos y sus cuatro hijos, entre los que está Jeremías, se amontonan en el sillón a ver la tele y discuten en torno al canal que prefieren ver. Durante la visita de la asistente tiene prohibido salir al pasillo, gritar, jugar o hacer cualquier cosa que llame la atención. A diferencia de cualquier otro día, hoy acatan todas las órdenes. (Registro de campo casa tomada, CABA, agosto 2015).

En el ámbito rural, la posibilidad del desalojo está representada por las amenazas de personas allegadas de los finqueros, como capataces de las fincas y/o familiares de los mismos. Entre 2010 y 2015, cuatro familias ava-guaraníes de “El 26”, habían decidido mudarse a los barrios periurbanos de Orán, por miedo a las situaciones de violencia con uno de los capataces de la finca de la zona: “por las noches se escuchan disparos, tiran tiros, es el finquero que nos quiere correr, nosotros siempre estuvimos acá, nos nos iremos, pero a mi hijo le daba miedo por sus hijos”⁹. Muchxs ava-guaraníes adultxs expresaban la dificultad de sostener la organización política y la defensa del territorio con niñxs en el ámbito rural. En este sentido, Lorena, expresaba: “muchas veces es necesario poner el cuerpo para evitar que nos destruyan las viviendas, a veces nos rompen los cultivos y muchas familias tienen miedo por los *changos* (niñxs)”¹⁰ Las situaciones violentas y las entraderas de *matones*¹¹ por la noche en comunidades indígenas rurales, se daban incluso en comunidades que habían formado parte del Relevamiento Territorial de Comunidades Indígenas¹². Estos relatos, eran comunmente negados por la mayoría de habitantes criollos del paraje, quienes, a diferencia de lxs ava-guaraníes, no estaban organizados bajo el reclamo territorial. Así pues, algunxs trabajadores del Programa de Atención Primaria de la Salud de la provincia de Salta (PROAPS), negaban los conflictos con el finquero, ya que éste les había permitido construir el centro de salud en el que trabajaban (Leavy, 2016). En estas cuestiones observamos cómo el conflicto territorial, además de avivar las tensiones interétnicas, afectaba las relaciones entre los efectores de salud y los habitantes indígenas del paraje.

⁹ Entrevista realizada a Micaela, cacique ava-guaraní, Septiembre 2013

¹⁰ Entrevista realizada a Lorena, Octubre 2015

¹¹ Nombre local para denominar sujetos varones con actitud amenazante.

¹² La comunidad ava-guaraní de El 26, tenía personería jurídica pero no había obtenido reconocimiento territorial de sus tierras. La comunidad de Río Blanco, también ubicada en la zona rural de Orán, tenía la famosa carpeta del Relevamiento Territorial de Comunidades Indígenas (RETECI). Sin embargo, continuaba -y continúa- sufriendo amenazas de allegados de los empresarios locales, incluso de los trabajadores del Ingenio San Martín de Tabacal (ver Leavy, 2018)

Otro temor de lxs niñxs del ámbito rural, era la visita a la ciudad, más precisamente al Hospital de Cabecera San Vicente de Paul. “Ahí sí que no me gusta ir (al Hospital), siempre se hace de noche, la retan a mi mamá y después no podemos volver, hay que quedarse a dormir ahí y me da miedo” (Clarissa, 7 años, Orán, Noviembre 2014); “Es muy lejos, muy, muy lejos, está lleno de policía, te pueden tratar muy mal, no sabemos cómo volver” (Francisco, 8 años, Orán, octubre 2015).

Podemos decir que lxs niñxs asociaban la ciudad con la derivación al hospital y que la experiencia de un padecimiento o un familiar enfermo constituye de por sí algo traumático. Sin embargo, en estos relatos, podemos observar otras cuestiones que deben ser consideradas para comprender las experiencias infantiles de quienes crecen en el ámbito rural en el contexto argentino. El Hospital San Vicente de Paul, se ubica en el centro urbano de Orán, a una distancia de 35 kilómetros del paraje 26. El transporte público que conectaba la ciudad con esta zona de fincas rurales, funcionaba de 6 am a 8 pm, mientras la atención médica, podía terminar a las 10pm. Mientras el transporte público costaba 20 pesos argentinos por persona, un remis y/o taxi, costaba más de 400 pesos (octubre, 2015). Eso hacía que muchas personas se quedasen a dormir en la sala de espera del hospital o en el hall del edificio, cuando no podían retornar a la zona rural. Además, la mayoría de estos niñxs eran hijxs de madres bolivianas, que a veces eran destinatarias de discriminaciones por parte del personal hospitalario, aunque hubiesen diversas normativas que contemplaban su atención. Más allá de la cuestión de la atención sanitaria, la falta de un servicio público de transporte que conecte adecuadamente la zona metropolitana con la zona rural, se constituía como un factor clave para entender los modos en que las familias del ámbito rural organizaban su vida cotidiana.

Estas cuestiones nos permiten iluminar las relaciones conflictivas entre el Estado y lxs niñxs que habitan espacios tomados y generan también fronteras intergeneracionales entre lo público y lo privado. En este punto, los feminismos del giro afectivo dialogan con las conceptualizaciones espaciales de Ingold, en tanto este se produce en los movimientos corporales de quienes habitan y ocupan, llevando consigo marcas emocionales que se impregnan en las materialidades de las casas y las tierras y en los vínculos que allí se despliegan. Estas infancias crecen experimentando sentidos antagónicos en relación con el cuidado y la protección de los agentes estatales, que se territorializan en espacios y actores determinados, volviéndose fuentes de peligro y temor y configurando así los recorridos espaciales de lxs niñxs y las prácticas habilitadas en cada lugar. Con esto queremos decir, junto a otras autoras en el campo de los estudios feministas (Ahmed, 2015; Butler, 2016), que las emociones consideradas negativas en la tradición occidental son en realidad potentes fuentes de conocimiento y organización política contra la opresión, un argumento que queremos llevar al campo de las infancias donde suele ser especialmente difícil nombrar lo no positivo.

Lo que queremos decir, en definitiva es que en este enjambre de tensiones lxs niñxs no son receptores pasivos de la realidad dada, sino que, incluso en contextos de opresiones yuxtapuestas, ellxs producen novedades conceptuales y estrategias originales de supervivencia, que vuelven sobre las distinciones espaciales, tal como desarrollamos a continuación.

La participación de lxs niñxs en la reproducción de la vida y en la construcción de fronteras espaciales

Como ya han afirmado varixs autorxs (Qvortrup, 2011; Szulc, 2006), lxs niñxs forman parte de la vida cotidiana de sus familias y comunidades en todos los contextos, tanto en el campo como en la ciudad. Esto quiere decir que lejos de considerarlx seres pasivos al margen de lo que sucede a su alrededor, ellxs producen conocimiento sobre su realidad cotidiana (García Palacios, 2012; Shabel, 2018), y no solamente se adaptan a ella, sino que en sus prácticas disputan los escasos recursos con los que cuenta su comunidad y construyen sentidos propios sobre la precariedad, el espacio y los vínculos que allí se desarrollan.

Desde esta posición, refutamos la idea de que en el pensamiento infantil solo se copian los saberes adultos o se conoce solo aquello que lxs adultxs habilitan. La experiencia de cada sujeto en el mundo constituye la base de todo conocimiento, por lo que las prácticas cotidianas de lxs niñxs producen sentidos sobre la vida en la especificidad del espacio tomado, que a veces coincide con aquello que piensan y hacen lxs adultxs y otras veces no, así como no siempre resulta igual dentro del grupo de niñxs. Este hecho quedó evidenciado en los apartados anteriores y lo retomamos aquí para dar cuenta de las estrategias de supervivencia en las que lxs niñxs participan, e incluso aquellas que generan por su propia cuenta, generando a su vez sentidos del espacio y su movimiento.

En el paraje 26, había un conflicto histórico entre lxs habitantes criollxs argentinx y lxs avaguaraníes. El mismo se había iniciado cuando la comunidad avaguaraní comenzó a reclamar su derecho legítimo a las tierras¹³ y a entablar vínculos con diversos funcionarios públicos, tanto de la municipalidad como del gobierno provincial. Si bien al momento de realizar el trabajo de campo, la comunidad estaba atravesando fuertes conflictos internos, propios de sostener la organización política, las reivindicaciones territoriales constituían el horizonte común de lxs habitantes avaguaraníes del paraje.

¹³ El reconocimiento constitucional de la preexistencia de los pueblos indígenas al Estado argentino en 1994 generó la implementación de una serie de políticas gubernamentales que ubicó al colectivo indígena como sujetos específicos de derecho al interior de la sociedad argentina. En esta dirección, se aprobaron una serie de leyes y se implementaron relevamientos que producen disputas y generan tensiones entre los diversos grupos poblacionales y con el Estado. Para más información ver Leavy (2017, 2018).

Dicha organización política, le había permitido a la comunidad ava-guaraní la gestión de un camión cisterna municipal para el abastecimiento de agua de las familias de la comunidad. La llegada del mismo, dos veces por semana, generaba ciertos conflictos entre las familias criollas e indígenas. Algunas madres criollas expresaban “[...] no sé porque hay gente privilegiada, a la que le traen agua. No sé si tienen coronita o qué. Acá nos conocemos todos, ¿por qué ellos pueden y nosotros no?” (Norma, 56, fragmento entrevista, paraje 26, Orán, noviembre 2010), “[...] yo también tengo hijos, yo también necesito agua, ¿por qué algunos se la debemos pedir al patrón y a otros se la trae la municipalidad?”¹⁴. En relación al abastecimiento de agua, el hijo de Marisa, Estani (10, hijo familia criolla boliviana), me explicaba:

E:- Los martes y los jueves a la mañana llega el camión y vamos a buscar agua...

P:- y... ¿siempre te dan?

E:- sí, si hacemos la fila nos dan, no podemos cargar agua cuando llueve y el barro no le permite bajar y solo cargamos de a bidoncitos¹⁵.

El fragmento nos permite pensar en la importancia de considerar a lxs niñxs como interlocutores válidos en la investigación, pues, si sólo hubiésemos escuchado la perspectiva adulta, habríamos comprendido que la provisión de la municipalidad de agua constituía un servicio exclusivo para familias indígenas. Más allá de esta cuestión, nos interesa resaltar que para las poblaciones “ocupantes”, el acceso a un bien básico para la vida, como el agua, requiere de organización y movilización que no siempre ocurre fluidamente. También permite pensar cómo lxs niñxs participan activamente en la organización del cuidado cotidiano de los hogares. El caso de Estani permite ver además, cómo desarrollan un conocimiento práctico del entorno (Padawer, 2010) y no sólo circulan atravesando las fronteras del espacio privado y público, sino también las rígidas fronteras interétnicas, como hemos anticipado y como explica Ingold: “el conocimiento está integrado no a través de datos locales ajustados en abstracciones globales, sino en el movimiento de un lugar a otro, en el caminante” (2015: 24).

Otra cuestión a observar de esta situación, es la diversidad de obstáculos que las personas que habitan en espacios tomados deben sortear, para acceder a un bien básico como el agua, volviendo a la idea de conflictividad y antagonismo en la producción del hábitat como espacio para vivir o *taskscape*. En el caso de Salta permite además dimensionar el poder de los finqueros¹⁶. En la casa, el

¹⁴ Entrevista realizada a Marisa, noviembre 2010

¹⁵ Entrevista realizada a Estani, mayo 2011)

¹⁶ Las fincas son denominadas por los pobladores de la zona por el apellido de los finqueros, que no suelen estar permanentemente en ellas. Los finqueros no siempre son los dueños directos de la tierra, ni los patrones, pero son los que poseen las tecnologías adecuadas para el uso intensivo del suelo, del capital y de la mano de obra (Rodríguez García, 2012).

mantenimiento del inmueble y el pago de los servicios, como el agua, requiere de la organización entre los adultos, que no siempre ocurre de modo armonioso. El hacinamiento de por sí dificulta la privacidad, como ya dijimos, y por ende también el secreto o la discreción a la hora de abordar ciertos temas. Así, los conflictos que se desarrollan dentro del espacio ocupado son ampliamente conocidos por lxs niñxs.

Si bien la circulación de lxs niñxs en la casa tomada era más limitada, como ya desarrollamos, ellxs también escuchaban las conversaciones de lxs adultxs (que también carecían de intimidad) y, por lo tanto, se enteraban de las problemáticas que atraviesa la organización a la hora de sostener el frágil acuerdo que el movimiento social logró realizar con el gobierno porteño en torno a la ocupación¹⁷. Y no solamente en la escucha de las conversaciones, sino también en la cartelera del primer piso se materializaba esa posibilidad de desalojo, donde los llamados a marchas y reuniones, así como la exposición de lxs morosxs de la casa frente a todxs configuraban un espacio donde el desalojo era una posibilidad permanente:

Giselle (9) y Ema (10) están sentadas en el pasillo del primer piso jugando con unas cartas. Hacen un par de rondas con una lógica que no llego a comprender y anotan los puntos en una hoja que lleva el nombre de cada una. Se ríen, conversan mientras tanto sobre el juego y sus reglas. En eso se escucha la puerta de entrada y veo subir por la escalera a una mujer de la casa, no se su nombre, pero ya nos vimos muchas veces y nos saludamos, debe rondar sus cuarenta años. Ella se detiene unos instantes a leer la cartelera que está colgada en la pared con diversos anuncios, entre ellos, las cuentas de servicios del mes pasado, donde están marcadas con rojo las habitaciones que deben dinero. Mientras observa la cartelera sale de su cuarto otra mujer, Susana (45) y se saludan. Comentan algo sobre los pagos de servicio y una eleva su tono de voz, un poco indignada y exclama: “¡no puede ser que Irene siempre deba plata!”. Las chicas dejan el juego por unos instantes y miran a Susana, luego se miran entre ellas, se ríen un poco, como si hubieran escuchado un secreto, y luego siguen jugando. Susana se da cuenta de esto y sigue su camino hacia la cocina. (Registro de campo en la casa tomada, CABA, octubre 2016).

Esta escena representa el alcance que tienen lxs niñxs en sus conocimientos de su propia realidad. El hecho de ocupar el espacio común de la casa tomada les permite un acceso particular, brindado en parte porque, justamente, no se lxs considera sujetos participativos del espacio y, por lo tanto, sus saberes u opiniones no se ponen en juego en las reuniones donde se toman las decisiones. Esto no les impide configurar un universo de sentidos vinculados al espacio y la particularidad que

¹⁷ Hace ya muchos años que la organización logró negociar, a fuerza de manifestaciones y presión política, la permanencia de las familias en el inmueble a cambio de ciertos requisitos que pone el Gobierno de la Ciudad de Autónoma de Buenos Aires. Si bien el acuerdo se ha renovado anualmente, las familias conviven con la incertidumbre permanente de lo que puede pasar con su hogar, si dentro del gobierno cambian de opinión.

inscribe la ocupación, ni desarrollar estrategias propias de permanencia y circulación que les permitan dar con sus intereses y necesidades en dicho espacio (Shabel, 2018). Tal como sucede en Orán, lxs niñxs sortean los conflictos interfamiliares en la casa y forjan sus propias redes de amistad y contención, más allá de las tensiones adultas históricas o aquellas que nacieron al calor de la urgencia económica y la escasez espacial.

Del mismo modo, lxs niñxs de la casa tomada conocen las estrategias generales de la organización para sostener la toma del inmueble: “hacemos marchas para que nos den nuestra casa” (Matías, 11 años, registro de campo, CABA, agosto 2016); “acá nos podemos quedar porque está la organización”¹⁸. A lo largo del trabajo de campo ellxs han dado cuenta más de una vez la importancia de que el movimiento esté en la calle y negocie con el gobierno su permanencia en el espacio y que, al mismo tiempo, cumpla con ciertos requisitos económicos y organizativos que este le exige (pago de servicios, limpieza de la casa y la cuadra, etc.). Volviendo a Ingold (2002), la materialidad del espacio en su precariedad tiene efectos sobre las personas y sus prácticas a partir del vínculo de esos cuerpos con la escasez territorial. Estos entramados se vuelven hechos cognitivos y afectivos para niñxs y adultxs, significando de un modo específico el espacio habitado.

El contexto de lucha por los recursos más básicos, como el agua y la permanencia en el espacio, se constituyen como escenarios de conocimiento para lxs niñxs que transcurren allí sus vidas, a partir de los cuales producen, a su vez, nuevas prácticas de supervivencia. Sin homogeneizar el colectivo de adultxs que vive en cada caso, hemos podido observar en nuestros trabajos de campo ciertos patrones compartidos en el hacer y el decir que no les resultan ajenos a lxs niñxs, pero que tampoco repiten necesariamente en sus modos de circular, lo cual da lugar a dinámicas específicas de crianza y cuidado en contextos de importante vulnerabilidad social.

Conclusiones

A lo largo del trabajo nos propusimos dar cuenta de los efectos que tienen la precariedad y falta de espacio sobre las vidas cotidianas de distintos grupos humanos y, especialmente, de lxs niñxs que habitan dichos espacios. Ellxs, así como sus familias, no solamente se acomodan a las circunstancias impuestas por el proyecto neoliberal, sino que producen estrategias para sobrevivir y transformar aquello que no les gusta, forjando nuevos escenarios de conflicto y organización. Esto quiere decir que estas infancias son configuradas a partir de fronteras espaciales particulares de dicho contexto, a la vez que disputadas por ellas en sus prácticas cotidianas.

¹⁸ Entrevista realizada a Natalia, noviembre 2015

A partir de este análisis etnográfico cuestionamos ciertos pares dicotómicos, en tanto no logran explicar la complejidad de los procesos sociales registrados. La noción de lo privado se desborda en los contextos de hacinamiento y pobreza, impidiendo la intimidad y creando, al mismo tiempo, un espacio liminal de lo común. Allí conviven las necesidades familiares con las condiciones económicas, los deseos individuales y las rutinas comunitarias, abriendo una zona de conflicto que modifica algunos sentidos sociales y rutinas, mientras que reproduce otras. La infancia es en ocasiones protagonista de esos conflictos, así como otras veces se muestra desinteresada en las peleas adultas y decide no participar. Esto significa que, incluso en contextos adultocéntricos como los estudiados, lxs niñxs desarrollan sus propios significados del mundo y reconfiguran fronteras de lo común/lo privado/lo público/lo íntimo, siempre en tensión.

Además, este trabajo otorga pruebas empíricas de la vulneración de derechos que sufren estas infancias y nos insta a reclamar políticas públicas que se ocupen de garantizar vivienda digna en la ciudad y el campo para lxs niñxs y sus familias. En este mismo sentido, del trabajo se desprende una polémica conclusión sobre el estatus de la infancia en el mundo contemporáneo, vinculada a la crítica a la razón humanitaria realizada por Fassin (2016). Si bien los discursos (públicos) se han ocupado en las últimas décadas de ubicar a lxs niñxs como las personas más valiosas en términos morales, cuyo sufrimiento moviliza los sentimientos y recursos humanos y económicos, es muy selectivo el campo de problemas sobre el que este imaginario realmente aplica, porque podemos poner en agenda el hambre, pero transformar el régimen de tenencia de tierras sería un escándalo. Esto quiere decir que cuando es el derecho a la propiedad privada el que está en juego todos los otros derechos se derrumban y pierden valor, llegando a transformar a esa infancia víctima en victimaria, o por lo menos en invisible.

Nos resulta de particular interés la cuestión arriba mencionada en este contexto regional de incremento de las desigualdades y concentración de la tierra en pocas manos. En este sentido, apuntamos a la necesidad diseñar políticas públicas que no se focalicen únicamente en los cuerpos de lxs niñxs o sus madres, sino que busquen regular el precio del suelo, la accesibilidad en el transporte y a una vivienda digna, pues todas estas decisiones de la macro política y economía influyen sobre el bienestar de lxs niñxs. Con esto queremos decir que la infancia no se puede pensar en forma escindida de su realidad, ni se puede concebir una mejora en su calidad de vida, si no es toda la comunidad la que transforma su precaria situación. Asimismo, todo lo expuesto permite afirmar que el cuidado infantil es una práctica política afectada por las tensiones entre los distintos grupos sociales y por la materialidad del espacio en que se organiza.

Por último, en nuestras investigaciones procuramos alejarnos de miradas románticas de lo comunitario y de la pobreza y dar cuenta de la complejidad que acarrea la falta de espacio. Los registros etnográficos en cada campo nos permiten afirmar que la privacidad y la intimidad constituyen privilegios y que la organización política no siempre es una elección y genera múltiples conflictos. Sin embargo, destacamos que es gracias a esa organización que estas poblaciones pueden acceder a los derechos más básicos como la vivienda y el agua, y así garantizar a lxs niñxs mejores condiciones de vida.

Referencias

- Ahmed, S. (2015). *La política cultural de las emociones*, Ciudad de México: Universidad Nacional Autónoma de México
- Aitken, S. C. & Lund, R. & Kjærholt, A. T. (2007). 'Why Children? Why Now?' *Children's Geographies*, N°5, pp. 3-14.
- Butler, J. (2016). "Rethinking Vulnerability and Resistance". En Butler, J., Gambetti, Z. y Sabsay, L. (Eds.), *Vulnerability and Resistance*. Durham y Londres: Duke University Press
- Carman, M. (2005). La ciudad visible y la ciudad invisible: El surgimiento de las casas tomadas en Buenos Aires, *Población & Sociedad*, N°8, pp. 57-91.
- Castelnuovo Biraben, N.S. (2019). Pueblos Indígenas y grandes transacciones de tierras en el Noroeste Argentino. Landmatrix. Disponible en: https://ri.conicet.gov.ar/bitstream/handle/11336/129917/CONICET_Digital_Nro.704_a43a6-aefd-42f6-acd4-09f64d0647b0_B.pdf?sequence=5&isAllowed=y- Consultado el 08/04/2019
- Colángelo, M. A. (2009). La salud infantil en contextos de diversidad sociocultural. *Pueblos indígenas: interculturalidad, colonialidad, política*. Buenos Aires: Biblos.
- Fassin, D. (2016). Una masacre de inocentes. Las representaciones de la Infancia en tiempos del SIDA. En D. Fassin (Comp.), *La razón Humanitaria. Una historia moral del tiempo presente*, (pp. 235-263). Buenos Aires: Prometeo Libros.
- Faur, E. (2014). *El cuidado infantil en el siglo XX. Mujeres malabaristas en una sociedad desigual*. Buenos Aires: Siglo Veintiuno
- Federici, S. (2004). *Calibán y la bruja: Mujeres, cuerpo y acumulación originaria*. Madrid: Traficantes de Sueños.
- Fonseca, C. (1998). "Quando cada caso NÃO é um caso. Pesquisa etnográfica e educação", *Revista Brasileira de Educação*, N°10, pp. 58-78
- García Palacios, M. (2012). *Religión y etnicidad en las experiencias formativas de un barrio toba de Buenos Aires*, Tesis de Doctorado con mención en Ciencias Antropológicas, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires.
- Gordillo, G. (2010). Deseando otro lugar: reterritorializaciones guaraníes. En S. Hirsch, y G. Gordillo (Eds.), *Movilizaciones indígenas e identidades en disputas en la Argentina* (pp. 207-237). Buenos Aires: La crujía.
- Guber, R. (2008). *El salvaje metropolitano*. Bs.As: Paidós.

- Gülgönen, T. M y Corona, Y. (2019). ¿Jugar en la ciudad? La percepción de niñas y niños de la Ciudad de Mexico sobre su entorno urbano. *Cadernos de Pesquisa em Educação*, 21(49), 60-80.
- Ingold, T. (1993). The temporality of the landscape. *World Archaeology*, N°25, v. 2, pp. 152-174.
- Ingold, T. (2002). The perception of the environment: essays on livelihood, dwelling and skill. Routledge.
- Ingold, T. (2015). Contra el espacio: lugar, movimiento, conocimiento. *Mundos Plurales-Revista Latinoamericana de Políticas y Acción Pública*, 2(2), 9-26.
- Jenks, C. (1996) Childhood. London: Routledge, 1996.^[1]_[SEP]
- Jelin, E. (1984). *Familia y unidad doméstica: mundo público y vida privada*. Buenos Aires: CEDES.
- Leavitt, J. (1996). Meaning and Feeling in the Anthropology of Emotions, *American ethnologist*, N°23, v.3, pp. 514-539.
- Leavy, P. (2016). Entre el privilegio y la vulnerabilidad. Reflexiones antropológicas en torno a salud pública, derechos especiales y relaciones interétnicas en una comunidad ava-guaraní del departamento de Orán, Salta. En S. Hirsch y M. Lorenzetti (eds.), *Salud pública y pueblos indígenas en la Argentina*. Encuentros, tensiones e interculturalidad Buenos Aires: Universidad Nacional de San Martín, p. 141-163.
- Leavy, P. (2017). "Hacer crecer la cría": Un análisis antropológico sobre el cuidado y la nutrición infantil en contextos rurales del departamento de Orán, Salta. Tesis de Doctorado. Facultad de Filosofía y Letras. Universidad de Buenos Aires.
- Leavy, P. (2018). "La lucha por la tierra es también una lucha por la salud": experiencias ava-guaraní en Orán, Salta. *Voces en el Fénix*, n. 72, p. 92-98. Disponible en: <http://www.vocesenelfenix.com/content/la-lucha-por-la-tierra-es-tambien-una-lucha-por-la-salud-experiencias-ava-guaran%C3%AD-en-or%C3%A1n->. Acceso 2/10/2022.
- Leavy, P. y Shabel, P. (2022). Experiences of child care and participation in the Global South: an anthropologic study in squatter houses from Buenos Aires, *Third World Thematics Special Issue: Studies of Childhoods in the Global South: towards an Epistemic Turn in Transnational Childhood Research*, 1-16
- Le Breton, D. (2013). Por una antropología de las emociones. *Revista Latinoamericana de Estudios sobre Cuerpos Emociones y Sociedad*, N°10, pp. 69-79.
- Lorenzetti, M. (2015). Luchas de acento: Salud-Enfermedad-Atención en las comunidades wichí de Tartagal (Salta, Argentina). En S. Hirsch, D. Salomón y M. Lorenzetti. *Procesos de Investigación e intervención en comunidades indígenas de la Argentina* (pp. 71-109) Instituto Nacional de Medicina Tropical. Ministerio de Salud de la Nación. Iguazú, Misiones.
- Lutz, C. y White, G. (1986). The anthropology of emotions. *Annual review of anthropology*, N°15, v. 1, pp. 405-436.
- Macón C. (2020). Silencio, afectos y humillación según las salopes. Acerca del feminismo francés de la segunda ola. *Diferencias*, 1(10), pp. 65-76.
- Marcus, J. (2014). 'Vos (no) sos bienvenido'. El control y la regulación del espacio urbano en la Ciudad de Buenos Aires, *Scripta Nova*, N°493 v.15, pp. 1-17.

- Mascietti, H. (2009). Sigue la Batalla Judicial de la comunidad Iguoepigendá contra la empresa tabacal. Resistencia: ENDEPA. Disponible en: <http://endepa.org.ar/sigue-la-batalla-judicial-de-la-comunidad-igupeigenda-contra-la-empresa-el-tabacal/ver>. Consultado el 4/6/2016.
- Mead, M. (1993) Adolescencia, sexo y cultura en Samoa. Barcelona: Planeta Agostini.
- Ministerio de Justicia y Derechos Humanos de la Nación Argentina (2006). Ley N° 26.061 de Protección Integral de Niños, niñas y adolescentes. Disponible en: <http://servicios.infoleg.gob.ar/infolegInternet/anexos/110000-114999/110778/norma.htm>. Consultado el 08/04/2019.
- Naciones Unidas. (1989). Convención Internacional por los Derechos del Niño. Disponible en <https://www.un.org/es/events/childrenday/pdf/derechos.pdf>. Consultado el 08/12/2019.
- Padawer, A. (2010) Tiempo de estudiar, tiempo de trabajar: la conceptualización de la infancia y la participación de los niños en la vida productiva como experiencia formativa. *Horizontes Antropológicos*, N°16, v. 34, pp. 349-375.
- Pérez Sanz, P. y Gregorio Gil, C. (2020). El derecho a la ciudad desde la etnografía feminista: politizar emociones y resistencias en el espacio urbano. *Revista INVI*, 35(99), 1-33.
- Qvortrup, J. (2011). Nove teses sobre a “infância como um fenômeno social” *Pro-Posições*, n. 22, v. 1, pp. 199-211.
- Raspall, T., Zapata, M. C. & Di Virgilio, M. M. & Rodríguez, M. C. & Mejica, S. A. & Rodríguez, M. F. & Von Lücken, M. (2017). La política habitacional porteña en la posconvertibilidad, *Documento de Trabajo N° 79*, Gino Germani.
- Reedy, W. (1997). Against constructivism: the historical ethnography of emotions, *Current Anthropology*, n. 38, v. 3, pp. 327-351.
- Reguillo, R. (2008). Sociabilidad, inseguridad y miedos. Una trilogía para pensar la ciudad contemporánea, *Alteridades*, n.18, v.36, pp. 63-74.
- Remorini, C. (2013). Estudios etnográficos sobre el desarrollo infantil en comunidades indígenas de América Latina: contribuciones, omisiones y desafíos. *Perspectiva*, Florianópolis, n. 31, v.3, pp. 811-840.
- Rockwell, E. (2009). *La experiencia etnográfica*, Buenos Aires: Paidós.
- Rodríguez García, M. (2012). Barreras Naturales. La conjunción de lo urbano y periurbano en San Ramón de la Nueva Orán: ciudad encajonada y dispersa. En A. Nemirovsky, *Globalización y agricultura periurbana en Argentina*, pp. 55-68, Buenos Aires: FLACSO. Disponible en: http://www.flacso.org.ar/uploaded_files/Noticias/agriculturaperiurbana.pdf. Consultado el 29/03/2018.
- Scheper-Hughes, N., & Sargent, C. (1998). Introduction: The cultural politics of childhood. *Small wars: The cultural politics of childhood*, 1-33.
- Schmidt, M. (2014). Territorio (s), desarrollo (in) sustentable y naturaleza colonizada. Una propuesta de abordaje conceptual. *Pampa: Revista Interuniversitaria de Estudios Territoriales*, no 10, pp. 101-130.
- Schidt, M. & Wertheimer, M. & Astellaras, S. & Ejarque, M. (2019). Desbordes de la dicotomía urbano-rural, *Quid 16*, N°11. pp. 1-14.

- Shabel, P. (2018). "Estamos luchando por lo nuestro". Construcciones de conocimiento sobre la política de niños y niñas en organizaciones sociales. Tesis de Doctorado en Ciencias Antropológicas, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires.
- Shabel, P. (2019). "“Porque nos daba bronca”. Las emociones en la acción política de niños/as en una casa tomada", *Revista de Antropología Social de la Universidad Complutense* (España), 28(1): 117-135.
- Shabel, P. (2020). "Qué es una casa. Las emociones en la construcción de conocimiento", *Revista Latinoamericana de estudios sobre cuerpos, emociones y sociedad*, 34(12): 19-29.
- Sirimarco, M., & Spivak L'Hoste, A. (2018). Introducción. La emoción como herramienta analítica en la investigación antropológica. *Etnografías contemporáneas*, n.4, v.7, pp: 3-8.
- Suarez, M. E. (2016). Tramas y tensiones en el tratamiento de la diarrea infantil en el norte de la provincia de Salta. Prácticas sanitarias y estrategias de atención. En S. Hirsch y M. Lorenzetti (Coords) *Salud pública y pueblos indígenas. Encuentros, tensiones e interculturalidad* (pp. 183-206). Buenos Aires: Unsam Edita
- Szulc, A. (2006). Antropología y niñez: de la omisión a las 'culturas infantiles'. En: Wilde, G. y Schamber, P. (comp.) *Cultura, comunidades y procesos contemporáneos* (pp. 77-93). Buenos Aires: Editorial SB.
- Tassinari, A. (2007). Concepções indígenas de infancia no Brasil. *Tellus*, n.13, v.7, pp. 11-25.
- Weisner, T. (1996). Why ethnography should be the most important method in the study of human development. In: JESSOR, R.; COLBY A.; SHWEDER, R. (Ed.) *Ethnography and human development*. Chicago: University of Chicago Press, p. 305-324.
- Weisner, T.; Gallimore, R. (1977). My brother's keeper: child and sibling caretaking. *Current Anthropology*, Chicago, v. 18, n. 2, p. 169- 180, jun. 1977.
- Whiting, B.; Whiting, J. (1975). *Children of six cultures: a psico-cultural analysis*. Harvard: Harvard University Press, 1975.
- Zelizer, V. (2009). *La negociación de la intimidad*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.

